

Este Pájaro ha Volado

Eduardo Riveros Pino

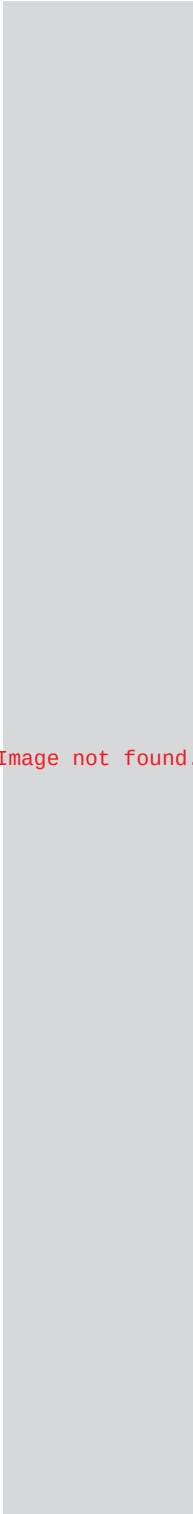


Image not found.

Capítulo 1

Inserté la llave en la cerradura de la puerta principal de mi casa, no sin antes haberme detenido un momento a pensar. “Un paso a la vez –me dije–, un día a la vez”. Miré dentro del buzón que ella había instalado allí un par de años antes, esperando que hubiese algo nuevo en un día como hoy. Dentro, solo había vacío. No es sorpresa. No se me vaya a culpar por esperar lo contrario. La muerte, a la par con la pérdida, es algo nuevo también. “Algo nuevo y definitivo”, pensé.

Giré la llave y entré en mi casa, la cual me pertenecía solamente a mí a partir de esa tarde. El polvo se había acumulado sobre algunos muebles dentro de la sala de estar, mientras que los vidrios en las ventanas se hallaban cubiertos por las cortinas. No recordaba haberlas cerrado, quizá fuese una invitación implícita a no distraerme con lo que hubiese afuera y volcarme un poco, aunque sea un poco, hacia lo que siento dentro. “Vaya despedida la que me entregas”, me digo, aflojándome un poco la corbata. Ahora que había ingresado dentro de la intimidad de mi hogar, sentí que podía darme el lujo de ser más flexible en mi duelo. Afuera no había ningún alma rondando las calles, tampoco las había dentro de mi casa, como yo me esperaba. Lo único que flotaba en el aire, como un insecto zumbando en mi techo, era una sola pregunta: “¿Lo llamo para contarle?”.

Me senté en mi sillón, esperando que la tristeza me invadiera como el veneno de una serpiente recorre el cuerpo de algún incauto. Pero la mordedura se me hacía esquiva. Los recuerdos eran insípidos, carentes de emoción. Podía ver su sonrisa en la pantalla del televisor apagado, más no había catarsis. Me sentía como algún personaje de una novela de Camus. Todo se me antojaba absurdo. Tampoco creí caer en la locura si no había abismo ante el cual asomarme. Sólo estaba allí. Solo. Me di cuenta de que todo esto me distraía de mi pregunta inicial: “¿Lo llamo para contarle?”

Nunca me preocupé mucho del mobiliario, tenía la idea de que Alejandra se encargaría de eso. Siempre tuvo mejor gusto que yo en asuntos estéticos, en especial tratándose de interiores. Ella no creía en esa basura del Feng Shui, pero sí sabía aprovechar bien los espacios de la casa. Es extraño tener presentes esos detalles ahora que ella ya no está. En vida, las cosas eran así, naturales, como parte de un paisaje diario que dejas de ver cuanto más lo miras. Me pregunto si ella habrá tenido algún contacto con él luego de que éste se haya ido. Ella jamás mencionó algo al respecto, y eso, lejos de dejarme más cómodo, siempre me tuvo en la incógnita de que si ellos dos seguían hablándose o viéndose a mis espaldas. Creo que habría enloquecido de rabia si hubiese descubierto que sí, a lo mejor, hasta yo la habría matado a ella en vez de ese cáncer. Una cosa es segura: si hubiesen seguido en contacto, él habría estado en el funeral. Pero no lo vi allí. Mantuve mi mirada rotando entre los asistentes

que, sin excepción, mantenían sus miradas ocultas bajo lentes oscuros o velos que cubrían gran parte de sus rostros. Ninguno quiso decir unas palabras, ni siquiera yo, que me limité a mover la cabeza en una negación concisa para que bajaran el ataúd hacia su descanso subterráneo.

-No lo llamaré –le dije a la fotografía que se encontraba a mi lado. Aparecía Alejandra en una de sus sesiones fotográficas conmigo. Tenía puesto un vestido negro, se hallaba de espaldas a la cámara, frente a un oscuro y frondoso bosque. De su mano había un niño pequeño y de cabello corto. Usaba una camisa blanca y pantalón café. Ambos le daban su espalda a la cámara. Alejandra tenía estas ideas raras sobre el arte que yo nunca comprendí. No podía simplemente mirar a la cámara como cualquier familia normal haría. Al menos, ya sabía a quién salió ese niño.

Me levanté del sillón. Pensé en los años que han pasado desde que él se marchó. “Desde que me echaste”, me dijo él, con esa mirada que transmitía todo su desprecio, la misma con la que me observaba antes de atravesar la puerta de entrada con esa maldita guitarra a su espalda. No podía aguantar escucharlo en su habitación tocando esas estúpidas canciones mientras los inspectores de su escuela nos llamaban para notificarnos respecto a su pésimo rendimiento académico. Yo tenía grandes planes para él, para su futuro en el negocio familiar.

Nuestra familia podía jactarse de ser recta en moral e intachable frente a los demás. Mis padres habrían sido suspicaces (o al menos, mucho más de lo que fueron) con Alejandra de no ser porque ella, con mucho esfuerzo, se había ganado su fama como arquitecta al haber formado parte del equipo diseñador de “La Casa del Roble” (un centro de eventos de primer nivel) y del grupo que le dio forma al nuevo Conservatorio Nacional, al cual ellos comenzaron a asistir regularmente para los números musicales que allí se presentaban semanalmente. Su faceta artística fuera del ámbito estrictamente laboral era algo de lo que yo me sustraía. Las sesiones fotográficas y los constantes retiros artísticos con esa gente que conoció en las exposiciones a las que a ella tanto le gustaba asistir la alejaron de los grandes proyectos y de las ambiciones a la que estábamos acostumbrados. La podredumbre que mi mujer estaba destilando se propagó hacia mi hijo. Se vio atraído por esa gente retorcida llena de ideas extravagantes y de imágenes que no llevan a ningún lado más que al desastre económico y a la miseria. No podía permitir que mi hijo siguiera los pasos de su madre.

Mientras recordaba, subí las escaleras hacia el segundo piso. Jamás quise entrar en su habitación luego de que él se hubiese marchado, me imaginaba que encontraría artículos de santería, bocetos de dibujos o letras de canciones desparramadas por el suelo o incluso drogas bajo su cama o en su velador si es que por curiosidad me atrevía a mirar dentro. Pero nunca llegué a averiguarlo. La habitación quedó cerrada, y sólo Alejandra entraba de vez en cuando. Nunca le pregunté para qué lo hacía.

Ella se quedaba allí dentro un par de minutos y luego salía, con una sonrisa, como si aquellos lapsos de tiempo separados los hubiese borrado de su historia de vida.

Me detuve frente a su puerta. A la izquierda de ésta, se hallaba una tabla para medir su estatura. Alejandra medía la estatura de mi hijo conforme pasaban los años. La línea crecía ininterrumpida hasta alcanzar el metro y medio. Coronando el final decía "15 años". Recuerdo que ese año le regañé por eso. Ya era suficiente para un hombre conservar costumbres tan infantiles. Mi hijo me miró con un rostro que no supe interpretar, fruncía el ceño, pero noté una leve curva en sus labios que podrían haber sido de tristeza. "Está bien -me respondió-, no lo haré más".

Agarré el pomo de la puerta y abrí rápidamente. Las cortinas estaban entreabiertas, por lo que un tenue hilo de luz ingresaba dando forma a las pequeñas partículas que flotaban en aquel ambiente juvenil. Las paredes estaban repletas de imágenes de rockeros, artistas y fotografías en blanco y negro. Noté que algunas de ellas llevaban una firma escrita con bolígrafo encima de ellas. Encima de su escritorio, se apilaban hojas de cuadernos garabateadas y rayadas, con versos escritos informalmente.

Me di cuenta de que Alejandra había intervenido mucho más en mi hijo de lo que yo pude haber hecho. Me mordía un pulgar mientras leía aquellos versos escritos por mi hijo durante toda su adolescencia.

No tenía más remedio, las horas ya cantaron su final

Si salgo de aquí es porque quiero volar

Pero mi vuelo no será pleno

Si tú decides en nuestra jaula estar

¿Por qué tenía que ser así? Mi único hijo, que yo tan orgulloso veía en su niñez jugando a deportes, poco a poco se convertía en alguien irreverente. ¿Es que algo hice mal que mi único hijo quiso contagiarse todas esas ideas modernas sin dejarme vacunarlos contra ellas? Le tenía todo listo, una casa hermosa, una gran carrera, todo cubierto para que siguiera por el camino que hemos construido. Pero no. Probablemente esté bajo un puente, drogándose y a la intemperie. Mejor así, la vergüenza y deshonor que me ahorraría es el mejor regalo que un hijo puede hacerle a su padre si es que aquel eligió ese sucio camino.

Metí mi mano al bolsillo y saqué el papel. Alejandra me lo había dado el día antes de su muerte. Leí nuevamente los números que se sucedían uno a otro en la hoja. La primera vez lo hice en el velorio. Sabía que era el número de nuestro hijo, y quise llamarlo para recriminarlo por no estar llorando a su madre. Desistí de hacerlo. Una de las asistentes se me

acercó en ese momento mientras observaba el papel.

-La conocía -me explicó, tenía una voz aguda pero suave, acorde a la situación, mientras arrastraba las palabras al hablar. Llevaba un velo negro sobre su rostro, un detalle que me pareció un tanto excéntrico pero no falto de respeto-, escribía las más hermosas canciones que he escuchado. Supongo que usted la habrá escuchado en algún momento.

-No -reconocí. Tenía presente su gusto por las artes visuales, pero no tenía idea que se dedicara a escribir canciones-, la verdad es que jamás la escuché cantando.

-Oh no, ella sólo escribía las canciones. La que cantaba era yo – me dijo, con una leve sonrisa que alcancé a percibir bajo su velo alumbrado por las velas del féretro.

Le di mis condolencias y me alejé. La idea de oír a Alejandra cantando se me antojó extraña. Jamás fui un marido controlador, pero si hubiese tenido la chance de quitar esos gustos del cerebro de mi difunta esposa, lo hubiera hecho sin dudarle. La respetaba por su trabajo, pero su vida artística siempre me sacó de quicio.

En ese momento sonó el timbre. Dejé caer el papel al suelo, no me esperaba dicha sorpresa. Me imaginé que serían los primos de Alejandra que no se presentaron en el funeral. Habían avisado que no podrían llegar para el funeral, pero que pasarían a darme el pésame a la casa apenas llegaran.

Bajé las escaleras y me dirigí a la puerta. Los primos de Alejandra eran buena gente, preocupados por el camino elegido por ella. Le habían ofrecido el trabajo de diseñar un edificio destinado a ser un centro de oficinas para una empresa de la cual ellos forman parte. Ella rechazó la oferta. "Ya tengo todo lo que necesito. Pero lo que quiero está muy lejos de tus oficinas", le respondió a uno de ellos frente a la oferta. Al llegar a la puerta, observé por la mirilla. Me sorprendí al ver a una mujer joven de pie mostrándome sus ojos marrones por la misma.

Abrí la puerta. Me recordó a Alejandra. Tenía un cabello negro hermoso, que combinaba con su piel blanca. Tenía una falda a cuadros, parecida a una kilt escocesa. Unas pantis negras en las piernas que descendían hacia unas botas del mismo color, y una blusa roja que delataba unos pechos pequeños. Al mirarme, su boca se curvó hacia la derecha, en una tímida sonrisa. Sentí un eco del pasado al escuchar su suave voz arrastrando las palabras que, frente a ella, no pude asimilar.

-Ho... hola, papá.

(Eduardo Riveros)